

Desde aquel día Dumouriez maldecido en su país, tolerado en el extranjero, anduvo errante de reino en reino, sin hallar una patria; objeto de una desdenosa curiosidad, casi indigente sin compatriotas y sin familia, pensionado por la Inglaterra, causaba lástima á todos los partidos. El cielo, como para castigarle mas, le destinaba una larga vida, y le habia dejado todo su genio para que le atormentase en la inaccion. No dejó de escribir memorias y planes militares para todas las guerras que la Europa hizo á la Francia por espacio de treinta años; ofreció su espada, rehusada siempre á todas las causas. Ya viejo é inoportuno, fijando su residencia ora en Alemania, ora en Inglaterra, no se atrevió á abandonar su destierro ni aun cuando la Francia se abrió á los proscriplos de todos los partidos, pues temió que el mismo suelo le echase en cara su traicion. Murió en Londres; su patria dejó sus cenizas en tierra estrangera, y ni siquiera levantó su tumba vacía en el campo de batalla donde habia salvado á su país.



## LIBRO TREINTA Y OCHO.

Sucesos en lo interior. — Marat. — Organización de los comités. — Instituciones populares. — Sediciones. — Asignados. — Consideraciones. — El maximum. — Decreto de acusacion contra Marat. — Lyon. — La Vendée. — El ejército. — Danton en la frontera. — Robespierre. — Los girondinos. — Comité insurreccional. — Muerte de la muger de Danton. — Los veinte y dos diputados girondinos. — Complot entre ellos. — Danton. — Discurso. — El tribunal revolucionario. — Vergniaud. — Discurso. — Los girondinos rechazan las proposiciones de Danton. — Comité de salvacion pública. — Madama Roland.

## I.

Reanudemos el hilo de los acontecimientos del interior, que hemos suspendido para no hacer difuso este relato.

La concesion que hicieron los girondinos de la cabeza del rey no habia ahogado los gérmenes de disension en el gobierno: los partidos se confundieron un momento, pero no estaban unidos. La debilidad no desarma, anima á nuevas exigencias. Los girondinos, entregando la vida del rey, se habian despojado de la única fuerza de opinion que podia luchar por ellos en la nacion y fuera de ella. Una vez revelado el secreto de su debilidad, se sa-

bia de antemano la última palabra de su resistencia, y no se iba á dilatar el pedirsela.

Sin embargo, satisfechos con la gran victoria que acababan de conseguir sobre sus adversarios, los jacobinos dejaron respirar por un momento á sus enemigos. Hasta se estableció un cierto acuerdo en apariencia entre los comités de la Convencion y la municipalidad de París, para refrenar los excesos y concentrar una fuerza grande en el gobierno. Se pusieron de acuerdo para hacer volver á entrar en su cauce el flujo popular que acababa de sumergir el trono.

## II.

Se mantenía Danton retirado en una reserva y una ártiva independencia, que parecia deber convertirle en árbitro de los partidos. Robespierre aguardaba que viniese una nueva crisis para levantarle y llevarle mas lejos y á mas altura. Ni uno ni otro fomentaban entonces los desórdenes y las agitaciones; sin objeto, de la multitud: solo un hombre en la Convencion turbaba la concordia aparente de todas las voluntades. Este hombre era Marat, verdadera encarnacion de la anarquía. Danton personificaba la fuerza convulsiva que trata de salvar las naciones, inspirándolas accesos de patriotismo llevados hasta el asesinato; Robespierre, la obstinacion de la fé filosófica, que marcha á su fin á través de todos los acontecimientos. Marat personificaba en sí aquellos sueños vagos y febriles de la multitud que sufre, que gime y se agita en el fondo de todas las sociedades: clase que sin voz para dejarse oír, sin accion regular para hacerse lugar, se conmueve como un elemento al soplo de todas las facciones, se fanatiza con mentidas esperanzas, cambia

sus decepciones en furor, y destruye sin cesar los gobiernos, sin haber podido aun romper las condiciones del trabajo, de la opresion y de la miseria, que la retienen en la degradacion. Marat era el representante del proletariado moderno, especie de esclavitud templada por el salario; introducía sobre la escena política aquella multitud, hasta entonces relegada en su impotencia y envilecida en sus andrajos. La pasion que inclinaba á Marat á representar aquel papel no era solo la de dominar; era tambien la de la rehabilitacion de las clases que sufren, y degradadas de la especie humana. Había adoptado esta causa desesperada, y quería que en lo sucesivo se la diese su nombre; quería libertar de sus males á las clases que padecen, y volver contra las opulentas todas las plagas que pesaban desde hacia tantos siglos sobre la parte oprimida del pueblo; aspiraba á restituirla su puesto en el bienestar á que pretendía conducir á los proletarios; pero los conducía como á bárbaros, que hacen una invasion con el hierro y el fuego en la mano en sus derechos reconquistados, y que no saben proporcionarse un lugar sobre la tierra sino incendiando y esterminando todo lo que la ocupaba antes que ellos.

Marat, desde el 10 de agosto no solo hacia resonar su voz desde los subterráneos que habitaba, como un gemido exhalado del fondo del pueblo, sino que se mostraba con afectacion en la multitud, en los Jacobinos, en los Franciscanos, en el ayuntamiento, en las secciones y en todos los tumultos á emanciparse de la tutela de Danton, que mucho tiempo habia deseado y sufrido, y principiaba á disputar á Robespierre los aplausos de los jacobinos, pues prometía al pueblo el reynado de leyes populares que repartirian con mas equidad el bienestar social entre todas las clases. Marat ofrecía completos trastornos y próximos despojos. Uno contenía al pueblo por su razon, el otro le arrastraba por su locura; Robespierre debía de ser mas respetado y Marat mas temido. Conocía este pa-

pel, y he aquí en que términos se caracterizaba el mismo en el *Amigo del pueblo*.

## III.

«Perdóñeme mis lectores si hoy les hablo de mí; no lo hago por amor propio ni por fatuidad, sino por deseo de servir mejor la causa pública. ¿Por qué tener por un crimen presentarme tal como soy, cuando los enemigos de la libertad no dejan de hacerme pasar por un loco, por un autropófago, por un tigre deseoso de sangre, con objeto de impedir el bien que yo podría hacer? Habiendo nacido con un corazón sensible, una imaginación de fuego, un carácter ardiente, franco y tenaz, con un ánimo recto, un corazón abierto á todas las pasiones exaltadas, y sobre todo al amor de la gloria; educado con los más tiernos cuidados en la casa paterna, he llegado á la edad viril, sin haberme abandonado nunca al ardor de mis pasiones. A los veinte y un años aun estaba puro, y me habia dedicado desde hacia mucho tiempo al estudio y á la meditacion.

«Debo á la naturaleza el temperamento de mi alma; pero á mi madre el desarrollo de mi carácter, pues hizo nacer en mi corazón el amor de la justicia y de los hombres. Por mis manos hacia pasar los socorros que daba á los indigentes; el acento del interés que tenia al hablar á los miserables, me inspiró desde muy jóven la ternura que ella les manifestaba. A los ocho años tenia ya formado el sentido moral, y á esta edad no podia mirar con calma los malos tratamientos que se daban á mis semejantes. El aspecto de una crueldad me llenaba de indignacion; el espectáculo de una injusticia hacia latir mi corazón como si fuese un ultraje personal.

«Durante mi primera juventud, mi cuerpo fué débil;

no conocí ni la alegría, ni el aturdimiento, ni los juegos infantiles, docil y aplicado, todo lo obtenian de mis maestros por la dulzura, habiendo sido castigado solo una vez: tenia entonces once años, el castigo era injusto, me habian encerrado en un cuarto, abrí la ventana y me arrojé á la calle.

«El amor de la gloria fué en todas las edades de mi vida mi pasión principal: á los cinco años hubiera querido ser maestro de escuela; á los quince profesor, á los diez y ocho autor, y á los veinte genio creador, como hoy ambiciono la gloria de inmolarme por mi patria. Pensador desde mi adolescencia, el trabajo intelectual ha venido á ser mi única necesidad, hasta en las enfermedades. He hallado mis mas dulces placeres en la meditacion, en esos momentos pacíficos en que el alma contempla con admiracion el espectáculo de los cielos, ó cuando concentrada en sí misma parece escucharse en silencio, pesar en la balanza de la verdadera felicidad lo vano de las grandezas humanas, penetrar el sombrío porvenir, buscar al hombre mas allá de la tumba, y sentir una inquieta curiosidad sobre los destinos eternos.

«He pasado veinte y cinco años en el retiro, leyendo y meditando sobre los mejores libros de moral, de filosofia y política, para deducir de ellos las mejores consecuencias. En ocho volúmenes de investigaciones metafísicas, y veinte de descubrimientos sobre las ciencias físicas, he experimentado en mis investigaciones un sincero deseo de ser útil á la humanidad, un santo respeto por la verdad, y el sentimiento de los límites de la humana sabiduría; los charlatanes del cuerpo científico, los d'Alambert, los Condorcet, los Laplace, los Lalande, los Monge y los Lavoisier, querian brillar esclusivamente. Yo ni aun podia publicar los títulos de mis obras; gemia desde hace cinco años en esta cobardé opresion, cuando se anunció la revolucion convocando los Estados generales. Pronto calculé á donde llegarían las cosas, y principié á res-

pirar con la esperanza de ver al fin la humanidad vengada, concurrir á romper sus cadenas, y subir á ocupar mi verdadero puesto.

«No era esto aun mas que un bello ensueño que estuvo próximo á desvanecerse. Una enfermedad cruel me amenazaba concluirle en la tumba: pero no queriendo dejar la vida sin hacer algo por la humanidad, compuse sobre mi lecho de dolor *«La ofrenda á la patria...»* Vuelto á la vida solo me ocupé de los medios de servir la causa de la libertad; y me acusan de ser un malvado vendido, cuando podía reunir millones solo con vender mi silencio, y gimo en la miseria!...»

## IV.

Estas líneas revelaban en el alma de Marat un frenesí de gloria, una perpétua explosión de venganza contra las desigualdades sociales y un amor por las clases que sufren, pervertido hasta la ferocidad contra los ricos y los felices.

Una sed tal de justicia absoluta y de nivelamiento repentino, no podía saciarse sino con sangre. Marat no cesaba de pedirla al pueblo, como consecuencia de aquel endurecimiento de alma que goza en inmolar con el pensamiento lo que resiste á la inflexibilidad de sus sistemas.

Su vida era pobre y laboriosa como la indigencia que representaba. Vivía en un cuarto mezquino de una casa oscura de la calle de los Franciscanos, manteniéndose con su pluma. Un trabajo infatigable de cabeza, una cólera crónica y prolongados desvelos, inflamaban su sangre, hundían sus ojos, ponían amarillenta su piel, y daban á su fisonomía el ardor enfermizo y los temblores nerviosos de la fiebre; lo mismo prodigaba su vida, que

la de los demas; hasta cuando sus largas y frecuentes enfermedades le retenían en cama, no cesaba de escribir con la rapidez del rayo todos los pensamientos repentinos que el ardor de sus ensueños hacia subir á su imaginación. Los cajistas llevaban una á una á la imprenta las hojas empapadas en su odio; una hora despues, los vendedores públicos y los anuncios pegados á las esquinas de las calles, los publicaban en todo Paris. Su vida era un diálogo continuo y furioso con la multitud. Parecía que miraba todas sus ideas como inspiraciones, y las recogía apresuradamente como las fascinaciones de la Sibila ó los pensamientos sagrados de los profetas. La muger con quien vivía, le consideraba como un bienhechor desconocido del mundo, cuyas confidencias recibía primero que otro alguno. Marat, brutal é injurioso para todo el mundo, suavizaba su acento y daba dulzura á sus miradas con aquella muger, llamada Albertina. No hay hombre tan desgraciado ó tan odioso en la tierra, á quien la suerte no haya unido una muger en su obra, en su suplicio, en su crimen ó en su virtud.

Marat tenía, como Robespierre y como Rousseau, una fé sobrenatural en sus principios; respetábase á sí mismo en sus quimeras como á un instrumento de Dios: habia escrito un libro en favor del dogma de la inmortalidad del alma: su biblioteca se componía de unos cincuenta volúmenes filosóficos, puestos en una tabla de pino clavada á la pared desnuda de su cuarto. Se notaban entre ellos á Montesquieu y Raynal hojeados con frecuencia: sobre la mesa tenía siempre abierto el Evangelio. «La revolucion, decía á los que se admiraban de ello, está toda en el Evangelio; en ninguna parte ha sido mas enérgicamente defendida la causa del pueblo; en ninguna se han lanzado mas maldiciones á los ricos y á los poderosos de este mundo. Jesucristo, repetía con frecuencia, inclinándose con respeto al decir este nombre; Jesucristo es el maestro de todos nosotros.»

Eran muy pocos los amigos que visitaban á Marat en su triste soledad; Armonville, el septembrista de Amiens, Pons de Verdun, poeta adulador de todos los poderes, Vincent, Legendre, y algunas veces Danton, porque este, que durante mucho tiempo había protegido á Marat, principiaba á temerle. Robespierre le despreciaba como un vergonzoso capricho del pueblo; le envidiaba, pero no se prostituía tanto á mendigar su popularidad. Cuando Marat y él pasaban cerca en la Convencion, se dirigian miradas injuriosas y de mútuo desprecio. «Cobarde hipócrita!» decia Marat. «¡Vil malvado!» murmuraba Robespierre. Pero ambos unian su odio contra los girondinos.

El destrozado trage de Marat en aquella época, contrastaba tambien con el trage decente de Robespierre. Una chaqueta de color oscuro llena de remiendos, las mangas vueltas como las de un obrero que dejaba su trabajo; unos calzones de terciopelo manchados de tinta; medias de lana azul; zapatos atados en el empeine con cuerdas; una camisa sucia y que descubria el pecho; el pelo ceñido sobre las sienes y anudado atrás con una tira de cuero; un sombrero redondo de alas muy anchas caído sobre los hombros; tal era el aspecto que presentaba Marat en la Convencion. Su cabeza de un grueso desproporcionado para su pequeña estatura, su cuello inclinado sobre el hombro izquierdo, la continua agitacion de sus músculos, la sonrisa sardónica de sus labios, la provocadora insolencia de su mirada y la audacia de sus apóstrofes le hacian notable. La humildad de su exterior no era mas que el anuncio de sus opiniones. El sentimiento de su importancia aumentaba en él, con el presentimiento de su poder: amenazaba á todos sin exceptuar á sus antiguos amigos: ridiculizaba á Danton por su lujo y por sus inclinaciones voluptuosas. «Danton, decia á Legendre, repite sin cesar que soy un chismoso que trastorno todos los negocios. En otro tiempo he pedido la

dictadura para él porque le creia capaz de ella, pero se ha afeminada en las delicias; los despojos de la Bélgica y sus comisiones le han embriagado, y hoy es un personaje demasiado importante para bajarse hasta mí. Camille Desmoulins, Chabot, Fabre de Eglantine y todos sus aduladores me desdeñan; pero el pueblo y yo los vigilamos.»

## V.

La Convencion se esforzó durante algun tiempo por medio de la organizacion de sus comités, en clasificar los conocimientos, las aptitudes y el desinterés individuales que habia en ella, y en aplicar á cada uno de sus miembros á las funciones para las que su naturaleza, sus facultades y sus estudios parecian designarle. Esto era el gobierno y la administracion, nombrados por decirlo así, por la aclamacion pública. La Constitucion, la instruccion pública, la hacienda, los ejércitos, la marina, la diplomacia, la seguridad general de los ciudadanos y la salvacion del Estado en fin, esta atribucion suprema que da á una nacion la soberanía de sus propios destinos, formaron otros tantos comités distintos, donde se elaboraban en discusiones íntimas y en profundas relaciones, las diferentes materias del gobierno, de economía política y de administracion. De este modo la Convencion utilizaba todas las actitudes concentrándolas sobre los objetos especiales de su competencia. Reservaba para las sesiones públicas las grandes luchas de teorías ó de pasiones políticas que conmovian el imperio y hacian triunfar ó sucumbir alternativamente á los partidos; pero el nervio de la administracion interior ó de la defensa exterior fué confiado á los comités. Este resorte continuaba obrando sordamente mientras la Convencion parecia desgarrarse por sus convulsiones públicas.

En un país acostumbrado despues de tantos siglos á la unidad y á la arbitrariedad del gobierno monárquico, la primera necesidad, el primer pensamiento de la Convencion fué la organizacion del gobierno republicano. Llamó al comité de Constitucion á los hombres que suponía dotados en mas alto grado del genio ó de la ciencia de las instituciones humanas; no hizo acepcion de partido sino de mérito en estas primeras elecciones. Los girondinos dominaban en ellas; pero mas por el título de sus conocimientos que por el de faccion. Sieyes, Tomás Payne, Brissot, Pelion, Verguiaud, Gensonné y Barrere, eran los que comunicaban el entusiasmo fingiéndole, y en fin, Condorcet y Danton. Robespierre odiado por los girondinos y sospechándole partidario de la anarquía, no fué elegido. Se creyó profundamente humillado y espermentó un resentimiento que ocultó bajo la máscara del desprecio.

## VI.

El comité de Instruccion pública, el mas importante despues del de la Constitucion, en un momento en que era necesario trasformar las costumbres del pueblo, como se cambiaban sus leyes, se componía de los filósofos, de los literatos y de los artistas de la Convencion. Condorcet, Prieur, Chenier, Herault de Sechelles, Lanjuinais, Romme, Lanthenas, Dusaulx, Mercier, David, Lequinio y Fauchét eran los principales miembros. Cambon reinaba en el comité de la Hacienda; era jacobino por su pasion á la república, girondino por su odio á los anarquistas, probo como la mano del pueblo en su propio tesoro, é inflexible como una cifra. El comité de Salvacion pública, que debía absorber todos los otros, y sobreponerse á todas las leyes como la fatalidad, no se organizó hasta dos meses despues, y solo duró seis.

Mientras estos comités preparaba en silencio la Constitucion y los sistemas de educacion, de guerra, de hacienda y de beneficencia pública, la agitacion del pueblo de Paris llamaba sin cesar á la Convencion á lo urgente y á lo imprevisto. La guerra y el hambre impulsaban igualmente al pueblo á la sedicion. Por una fatal coincidencia, los años de tumultos para la Francia lo habían sido de esterilidad para la tierra; los inviernos largos y crudos habían helado los trigos; todas las estaciones habían sido rigurosas, y podía decirse que hasta los elementos combatian contra la libertad. El terror pánico, exagerando la escasez de los granos, había llenado de sospechas la imaginacion pública; los rios estaban helados, la leña muy escasa, el pan muy caro, y el subido precio de todas las subsistencias presentaba la miseria y la muerte bajo la forma que aterra mas al pueblo: el hambre. A los jornaleros les faltaba trabajo; el lujo había desaparecido con la seguridad que le hace nacer; los ricos aparentaban la indigencia para evitar la espoliacion; los nobles y los clérigos habían llevado al huir, ó enterrado en las bodegas y paredes de sus casas, una parte considerable de oro y de la plata acuñados, signos del valor, medios de cambio, móviles de circulacion, y fuentes del trabajo y del salario. Las confiscaciones y los secuestros paralizaban entre las manos de la república una masa inmensa de tierras incultas y de casas inhabitadas.

Para suplir al oro y la plata, que parecian haberse agotado de repente, la Asamblea constituyente creó una moneda de papel con el nombre de *asignados*. Esta moneda de confianza, si el pueblo hubiese querido comprenderla y adoptarla, hubiera producido los mismos efectos que la moneda metálica, multiplicando las transacciones entre los particulares, alimentando el trabajo, pagando los impuestos y representando el precio de las tierras. Una moneda, digan lo que quieran los economis-

tas, nunca tiene mas valor que el de la convencion que la ha creado y el del crédito que la lleva consigo. Basta que la proporción entre las cosas compradas y el signo que las compra, no puede ser repentina y arbitrariamente cambiada por una multiplicación desordenada de este signo monetario; el precio real y verdadero de todas las cosas se establece segun esta proporción. Solo la ley, y una ley próbida y prudente puede hacer la moneda; que haga moneda de oro, plata, cobre ó papel, poco importa, con tal que esta proporción sea religiosamente guardada, y el pueblo conserve confianza en la sinceridad y el crédito de este signo. La letra de cambio, moneda individual, que no tiene mas valor que la firma del que la crea, suple entre los particulares á un numerario incalculable: tiene todos los efectos del oro y de la plata; no mas que una moneda que puede hacer cualquiera, y que representa la confianza que se tiene en un individuo. ¿Cómo, pues, el Estado, que representa la fortuna y el crédito de todos, no podria hacer una moneda de papel, tan inviolable y acreditada como la de los simples ciudadanos?

## VII.

Pero el pueblo estaba acostumbrado al oro, queria pesar y tocar su valor, y no tenia fé en el papel. Mientras que las verdades no se hacen costumbres, parecen lazos que se tienden al pueblo.

Ademas, el gobierno apremiado por necesidades que aumentaban sin cesar, habia multiplicado de repente el nuevo signo monetario de papel. De esto dimanó el desprecio del signo y la ocultación de la riqueza monetaria por aquel que la poseia ó la aceptaba: de esto procedieron tambien leyes implacables contra aquellos que rehusaban recibirla; por esta causa, en fin, se paralizó la cir-

culación, desmayó el comercio, ocasionando el peligro de los negocios, la suspension de los cambios, la cesación del trabajo libre, la desaparición del salario, y la estenuación del jornalero: los propietarios y los ricos vivian de los productos directos de sus tierras, ó de sumas reservadas en oro ó en plata; de las que no dejaban salir de una mano avara, mas que la cantidad necesaria para satisfacer sus mas urgentes necesidades. Se cultivaba mal, se consumia poco, y no se construía nada; los coches y los caballos habian desaparecido; los muebles no se renovaban; los vestidos manifestaban el temor, la avaricia ó la miseria; la vida reducida á lo estrictamente necesario, escatimaba todo empleo y todo salario á esos innumerables artesanos, que alimentan las necesidades facticias de una sociedad tranquila.

## VIII.

Los comerciantes de las grandes ciudades, esos intermediarios entre el consumidor que desea comprar barato, y el productor que quiere vender caro, añadian aun la usura de sus especulaciones y de su monopolio al precio de los géneros. El comercio se aprovechó de todo para enriquecerse, sin esceptuar el hambre; este no es solamente su vicio, sino su naturaleza; la sed del oro endurece como la de sangre.

Creía diariamente una lucha violenta entre el pueblo bajo de París y el comercio al menudeo. El odio contra los especieros, espendedores de los consumos diarios de las masas, habia llegado á ser tan ardiente y sanguiinario como el que se profesaba á los aristócratas; las tiendas estaban sitiadas por tantas imprecaciones como los palacios; los continuos motines á las puertas de los panaderos, de las tabernas y de los especieros, impe-

dian el paso de las calles. Las turbas hambrientas, á cuya cabeza iban mugeres y niños, muestras de la miseria, salian todas las mañanas de los barrios populosos y de los arrabales para diseminarse por los barrios ricos, y situarse delante de las casas donde habia sospecha de que se encerraba el grano. Estas bandas rodeaban la Convencion, y hasta forzaban algunas veces las puertas para pedir á grandes gritos pan ó la rebaja violenta del precio de los géneros; las legiones de mugeres que habitan las orillas y los barcos del rio, y ganan su vida y la de sus hijos en lavar la ropa de una gran ciudad, venian á intimar á la Convencion que bajase el precio del jabon, elemento indispensable de su profesion, el del aceite, de las velas y de la leña necesaria para su casa.

Pedian el *maximum*, es decir, la tasa de las mercancías, el arbitraje del gobierno, colocado entre el comerciante y el consumidor, para moderar las ganancias de uno y favorecer las necesidades del otro. Si el pensamiento del *maximum* era legitimo, su ejecucion era imposible. La justicia, que de este modo se creia dispensar al consumidor necesitado, podia á cada momento llegar á ser una injusticia ó una opresion respecto del comerciante; la ley iba á obrar á tientas y sustituir el arbitrio á la libertad de comercio. El *maximum* para ser justo, hubiera tambien debido cambiar con tanta frecuencia su cuota, cuantas fuesen las variaciones en los precios de adquisicion de las mercancías; por consiguiente nadie podia llegar á esta apreciacion, y era claro que quedaba destruida toda especulacion. Tal es el alma del comercio, que sujeto á estas intervenciones inquisitoriales debia cesar de abastecer á la Francia; el pueblo pedia, pues, la muerte de las transacciones. Estas disposiciones, vivamente combatidas por la clara razon de los girondinos, por Robespierre, por Hebert y hasta por Chaumette, iban á causar en los abastecimientos de París y en las relaciones del pueblo y del mercader, el trastorno y la escasez

que tenian por objeto precaver. Pero si el pueblo entiende pronto las cuestiones puramente politicas y las verdades nacionales, porque las comprende por el corazon y las resuelve por la pasion, es tardo para penetrar las cuestiones económicas, porque exigen la aplicacion de una inteligencia ejercitada y las luces de la esperiencia. La economia politica es una ciencia, y la politica no es mas que un sentimiento por lo cual es mas fácil estraviar por este lado las masas, sobre todo cuando la miseria y el hambre contribuyen á apasionar los sofismas.

## IX.

Habian adoptado fanáticamente esta causa del *maximum* Marat y los suyos, é impulsaban al pueblo por medio del hambre al repartimiento y al pillage de los ricos. Los periódicos de Marat tocaban todos los dias á rebato por el hambre.

«Es incontestable, decia en el *Amigo del pueblo* de 23 de febrero, que los capitalistas, los agiotistas, los monopolizadores, los comerciantes del lujo, los empleados de los embrollos, los ex-golillas, los ex-nobles, con muy pocas escepciones, y los dependientes del antiguo régimen, son los que echan de menos los abusos, de que se aprovechaban para enriquecerse con los despojos públicos. Siendo imposible cambiar su corazon en accion hasta el dia para atraerlos á su deber, y perdiendo la esperanza de ver á nuestros legisladores tomar las medidas oportunas para obligarlos á ello, veo que solo la destruccion total de esta raza maldita es lo único que puede devolver al Estado su tranquilidad: ahí los teneis redoblando su maldad para acarrear el hambre al pueblo por la elevacion extraordinaria del precio de los géneros de primera necesidad



y por la perspectiva de la miseria. El saqueo de los almacenes, á cuyas puertas se colgarian algunos agiotistas, pondria bien pronto fin á estas malversaciones, que reducen á cinco millones de hombres á la desesperacion, haciendo morir muchos miles de miseria. ¿No sabrán nunca los diputados del pueblo mas que perorar sobre sus males, sin presentarle nunca el remedio? Dejémoslos de leyes, porque es evidente que nunca han tenido efecto. Además, este estado de cosas no puede durar mucho tiempo; un poco de paciencia, y al cabo el pueblo conocerá esta grande verdad: que debe salvarse á sí mismo. ¡Los malvados que tratan de encadenarle y castigarle porque se ha deshecho de un puñado de traidores, en los dias 2, 3 y 4 de setiembre, tiemblen ser colocados en el número de los miembros podridos que conviene separar del cuerpo político!

«Infames hipócritas, que os esforzais en perder la patria con pretexto de crear el reinado de la ley, ¡subid á la tribuna! ¡atreveos á denunciarme! ¡Con este papel en la mano estoy pronto á confundiros!»

## X.

No era posible predicar en términos mas formales el pillage y el asesinato. Al día siguiente el pueblo, cuya tribuna de cuarenta mil voces era el periódico de Marat, obedeció á la señal de su apóstol; las bandas hambrientas salieron de los arrabales, de los talleres, de los lugares sospechosos, y se esparcieron como una invasion por las calles ricas de París; forzaron las puertas de las panaderías, allanaron los almacenes de los especieros, se distribuyeron, tasándolos, los géneros de primera necesidad, el pan, el jabon, el aceite, las velas, el café, el

azúcar, el queso, y saquearon despues algunas tiendas de comestibles.

Al otro dia Barrere, como órgano de los centros, pidió que se vindicase la ley. «En tanto que yo sea representante del pueblo, dijo, haré imperturbablemente la guerra á los que violen las propiedades y coloquen el saqueo y el robo en el lugar de la moral pública, cubriendo estos crímenes con la máscara del patriotismo.»

El girondino Salles leyó en la tribuna la sanguinaria provocacion de Marat. «¡El decreto de acusacion contra ese monstruo!» gritan muchos diputados. Marat se lanza á la tribuna en medio de los aplausos de sus amigos, apostados por él desde por la mañana entre los espectadores. «Los movimientos populares que han tenido lugar ayer, dice mirando á Salles y á Brissot, son la obra de aquella faccion criminal y de sus agentes; ellos son quienes envian á las secciones emisarios para fomentar los tumultos: en la indignacion de mi alma he dicho que era necesario saquear los almacenes de los agiotistas y ahorcar á estos á la puerta de sus casas, único medio eficaz para salvar al pueblo, ¡y se atreven á pedir contra mí el decreto de acusacion!» Al oír esto, casi todos los que estaban en el salon se levantan indignados; las imprecaciones ahogan la voz del orador, pero Marat se sonrió despreciando aquellas almas débiles. «¡Imbéciles!» dijo al bajar de la tribuna.

Larévellère-Lepaux, hombre íntegro y neutral entre los partidos, atestigua la probidad de Roland y le justifica de las calumnias de Marat. «Es tiempo de saber, dice, si la Convencion sabrá decidirse entre el crimen y la virtud?—¿Quién se atreveria á defender á Marat? (Murmillos generales).—Yo, respondió Thirion.—No quiero defensores, dice el *Amigo del Pueblo*, esto es una maniobra de la intriga que persigue en mí á la diputacion de París. Quieren alejarme de la Asamblea, porque les molesto descubriendo sus manejos.—Marat es crédulo,

dice Carra; por sus arrebatos trata con injusticia á sus amigos y desacredita á la Montaña.» Marat interrumpe á Carra: «El pérfido comentario de Carra se dirigirá únicamente á conducir al cadalso á los mejores patriotas.» Buzot pide irónicamente la palabra por Marat. «Soy bastante fuerte para defenderme, dice con audacia el acusado.—¿Por qué, continúa Buzot, acusareis á ese hombre? solo escribe en su diario lo que todos los días se dice en esta tribuna; no es mas que el órgano imprudente de las calumnias que sin cesar se vomitan contra nosotros y contra los mejores ciudadanos; no es mas que el precursor de aquella anarquía, que contiene en sus últimas plagas el trono! el decreto que diéseis contra él solo serviría para hacer importante á un hombre que no obra por sí mismo, sino que es el instrumento de los perversos.» Los murmullos de la Montaña se dirigen á Buzot, y cambian en furor contra los girondinos la indignación de que era objeto Marat. Salles, Valazé, Boileau, y Fonfrede piden el decreto de acusación; Bancal la espulsión, y Pereyres que se le declare demente. La Convencion en pie, se divide en dos grupos desiguales, de donde salen exclamaciones, burlas é invectivas. «¡Votacion nominal! grita Boileau, veamos al fin quienes son los amigos de Marat y los cobardes que no quieren declararse contra él.—Que hable, dicen otros, se le acusa y tiene el derecho de hablar.»

Marat, entonces dirigiéndose á los girondinos: «Aquí no hay, dice, ni justicia ni pudor.» Los girondinos se levantan, como si hubiesen sido un solo hombre, y parece quieren anonadar con los ademanes y la voz, la insolencia del orador. «Si, decretad mi acusación, continúa Marat con una sonrisa retadora; pero al mismo tiempo decretad que están locos esos hombres de Estado.» Este era el título con que los demagogos de la municipalidad y el mismo Robespierre, calificaban á los amigos de Roland. Tallien, uno de los primeros discípulos de Marat, se

obstina en vano en defender á su maestro, pues las voces de los centros no permiten oír la de Tallien. La última frase que pronuncia Vergniaud hace que se envíe la acusación á los tribunales ordinarios, y encarga al ministro de Justicia que persiga á los autores é instigadores del saqueo.

«Es una maldad» grita Marat; y sale protegido por los aplausos de la Montaña, que protegía al hombre al mismo tiempo que reprobaba sus doctrinas. Lo que quería en Marat era su enemistad contra los girondinos.

## XI.

Pocos días después de estos desórdenes, llegó la noticia de los tumultos de Lyon y de la insurrección en masa de la Vendée, primeros síntomas de la guerra civil. Estos síntomas estallaban en el momento en que Dumouriez flaqueaba y hacia traición en las fronteras, y en que la anarquía destrozaba á París; pero la Convencion solo fijaba toda su atención en las fronteras.

Allí los desastres se sucedían unos á otros; supiéronse sucesivamente los reveses de Custine en Alemania, la derrota del ejército del Norte, y las claras conspiraciones de Dumouriez. La España rompió las hostilidades, y la Convencion, después de haber oído á Barrere, respondió sin titubear que se declarase la guerra á la corte de Madrid. La Convencion, lejos de disimular sus peligros á la nación, buscó la salvación en el mismo peligro, y los puso enteramente de manifiesto. Se nombraron al momento noventa y tres comisionados, para llevar á las diferentes secciones de París la noticia de la derrota de nuestros ejércitos y de los peligros de nuestras fronteras. La municipalidad hizo enarbolar una bandera negra, señal de luto y de muerte, en lo alto de las torres de la

catedral. Los teatros se cerraron, y se tocó llamada, como un grito de guerra, durante veinte horas consecutivas, en todos los cuarteles. Muchos oradores ambulantes leyeron en las plazas públicas una proclama del consejo, que tomaba su impetuosidad del himno de los marseleses. ¡A las armas, ciudadanos! ¡a las armas! si tardais, todo está perdido. Las secciones, de las que cada una se habia convertido en una municipalidad que obraba, y en una Convencion que deliberaba, votaron medidas que indicaban la desesperacion. Pidieron la prohibicion de la venta del numerario, la pena de muerte contra el comercio de la plata acuñada, la creacion de un impuesto sobre los ricos, la destitucion del ministro de la Guerra, la acusacion contra Dumouriez y sus cómplices, y en fin la creacion de un tribunal revolucionario para juzgar á Brissot, Petion, Roland, Buzot, Guadet, Vergniaud y á todos los girondinos, cuya pérdida moderacion perdía la patria, con pretexto de salvar la legalidad.

## XII.

Danton, tan pronto en la Convencion como en los campamentos, sobreponiéndose á los dos partidos por el ímpetu de su carácter, impelió con la voz y el ademán al pueblo á las fronteras, y aparentó recomendar á la Convencion la concordia, para concentrar toda la energia contra el extranjero. Robespierre, en nombre de los jacobinos, dirigió al pueblo una proclama en la que inculpaba á los girondinos por todos nuestros reveses. Los acusaba de haber sido los instigadores del saqueo, para deshonar las doctrinas populares, y afiliár á los ricos, los propietarios y los comerciantes en el partido de la contra-revolucion; pidió una muralla de cabezas entre

la nacion y sus enemigos, y desde luego las de los girondinos.

Pero á la sombra de este movimiento ostensible de los Jacobinos, de la municipalidad, de los Franciscanos y de las secciones, que fermentaba contra los gefes de la Convencion, un conciliábulo subterráneo, algunas veces público y otras oculto, se ocupó en reunir é inflamar los elementos de una insurreccion del pueblo contra la mayoría de la Convencion. Este comite de insurreccion se reunia, ora en un salon del ayuntamiento, ora en mas corto número, en una casa del arrabal de San Marcelo. A él pertenecian Marat, Dubois-Crancé, Duquesnoy, Drouet, Choudieu, Pache, alcalde de Paris, Chaumette, Hebert, Momoro, Panis, Dubuisson, el español Guzman, Proly, Pereires, Dopsent, presidente de la seccion de la Cité, uno de los organizadores de los degüellos de las cárceles; Hassenfratz, Henriot y Dufourny. La mayor parte de los agentes secundarios eran hombres del 6 de octubre, del 20 de junio, del 10 de agosto y del 2 de setiembre; cuadro revolucionario, que la municipalidad habia conservado. Estos hombres, dispuestos á todo, despues de haber obedecido el impulso de Petion y de sus amigos, estaban prontos á obedecer el de Pache, Marat y Robespierre; oleada revolucionaria cuya naturaleza era traspasar los limites continuamente, érales insoportable todo lo que propendia á fijar la revolucion; se hallaban entre estos hombres de ejecucion, Maillard, el presidente de los asesinatos de la Abadía; Cerat, que habia dirigido los de los Carmelitas, y era entonces juez de paz de la seccion del Luxemburgo; Gonchon, el Danton del arrabal San Antonio; Varlet; el tintorero Malard, amigo de Billaud-Varennes; el peluquero Siret, que despues de la toma de la Bastilla, donde habia ensayado su valor, no faltó á ninguno de los combates de la revolucion; el curtidor Gibon, patriota seducido por Henriot, que confundia como éste, el patriotismo con el crimen; Lareynie, antiguo gran-vicario de Char-

tres, que persiguiera hasta el fin en la revolución, la ruina de las instituciones de que había abjurado; Alejandro, que afectaba en su arrabal el ascendiente militar; y por último, el zapatero Chalandon, presidente del comité revolucionario de la sección, y cuya protección mendigaba cobardemente el célebre abogado Target, frecuentando su mesa y redactando sus arengas.

## XIII.

El comité de insurrección general se reunió el 6 de marzo por la noche, con mas misterio que de costumbre. Solo fueron convocados á él los miembros dotados de resolución implacable y de una reserva á toda prueba. Estaban cansados del nombre de asesinos que Vergniaud y sus amigos les dirigian desde la tribuna, y esperaban que Danton, su antiguo cómplice, y sobre quien recaían las injurias de los girondinos, se uniría á ellos para esterminar á sus enemigos comunes: hallándose prontos á concederle la dictadura del patriotismo, esperaban por momentos volviere del ejército, donde había ido por tercera vez para tranquilizar de nuevo las tropas insurreccionadas.

## XIV.

Danton, informado por una carta de su cuñado Charpentier, de la enfermedad de su esposa, había salido precipitadamente de Condé, para ir á recoger el último suspiro de la compañera de su juventud; pero la muerte había sidó mas veloz. Al bajar del coche, á la puerta de su casa, se le anunció que aquella acababa de espirar, y tratóse de alejarle de aquel fúnebre espectáculo; pero

Danton, que bajo la impetuosidad de sus pasiones políticas y desordenada vida, profesaba una ternura respetuosa á la madre de sus dos hijos, separó á los amigos que le disputaban la entrada de su domicilio; subió fuera de sí á su cuarto, corrió hacia el lecho; levantó el paño mortuorio, y cubriendo de besos y de lágrimas el rostro medio yerto de su esposa, pasó toda la noche en gemidos y sollozos.

Nadie se atrevió á interrumpir su dolor, y á separarle de aquel lecho de muerte para llevarle á la sedición, teniendo que prorogarse los proyectos de los conjurados por falta de gefe. Sin embargo, Dubuisson arengó al comité y le demostró la urgencia de anticiparse á los girondinos que hablaban todos los días de vengar los asesinatos de setiembre. «¡Mueran dijo al concluir, esos hipócritas de patriotismo y de virtud!»

## XV.

Los brazos levantados y muchos ademanes de muerte, fueron el silencioso aplauso que mereció el discurso de Dubuisson: se debatieron los nombres de veinte y dos diputados girondinos, y sus cabezas fueron ofrecidas al sacrificio. Este número de veinte y dos correspondia por una especie de pena del talion, al de veinte y dos jacobinos que Dumouriez había prometido, dicen, entregar á la venganza de su ejército y á la cólera del extranjero. Unos propusieron colgar á Vergniaud, Brissot, Guadet, Petion, Barbaroux y sus amigos en las ramas de los árboles de las Tullerías; otros que se les condujese á la Abadía y renovar con ellos la justicia anónima de setiembre. Marat, cuyo nombre nada tenía que temer por una maldad mas, y para quien la gloria era solo el brillo del crimen, disipó toda clase de escrúpulo. «Nos llaman bebedores de

sangre, dijo, pues bien, merezcamos este nombre bebiendo la de nuestros enemigos; la muerte de los tiranos es la última razón de los esclavos. César fué asesinado en pleno senado; tratemos, pues, lo mismo á los representantes traidores á la patria; sean inmolados sobre sus bancos, teatro de sus crímenes.» Mamin, que había pasado la cabeza de la princesa de Lamballe sobre una pica, se ofreció con algunos de sus compañeros para asesinar á los girondinos en su misma casa: Hebert apoyó este último partido. «La muerte sin estrépito aplicada en las tinieblas, vengará completamente de los traidores á la patria y mostrará la mano del pueblo, suspensa siempre sobre la cabeza de los conspiradores.» Se decidieron por este plan, sin escluir sin embargo la idea de Marat, si se presentaba la ocasión de un asesinato mas solemne en medio de los desórdenes, cuando el pueblo diese un asalto á la Convencion. Se distribuyeron á los agitadores los barrios que había que sublevar, y se fijó para la ejecución la noche del 9 al 10 de marzo.

## XVI.

En tanto que los conjurados del comité de insurrección reclutaban sus fuerzas, una revelación fortuita informaba á los girondinos de la clase del complot fraguado contra su vida. El peluquero Siret, con la indiscreción ordinaria de los de su oficio, confió á Mauger, presidente de la sección de la isla de San Luis, que al día siguiente, á medio día, los girondinos habrían dejado de existir. Mauger que era amigo de Kervelegan, diputado de Finisterre, y uno de los mas valientes de la facción de Roland, fué al anochecer á casa de Kervelegan, y le suplicó, en nombre de su seguridad personal, que no fuese al día siguiente á la sesión de la Convencion, y

que no durmiese en su casa la noche del 9 al 10. Kervelegan, que aquella noche esperaba á cenar á los principales gefes de la Gironda, les comunicó el aviso de Mauger, y envió á prevenir á todos los diputados del mismo partido se abstuviesen de ir á la Convencion, y se ausentasen de sus casas durante el día y la noche siguientes. El mismo fué á casa de Gamon, uno de los inspectores de la sala, para tratar de las medidas necesarias á la seguridad de la Convencion: fué despues á despertar al comandante del batallon de los federados de Finisterre, que estaba en el cuartel, é hizo que aquella tropa tomase las armas. Ya estaban en marcha algunos grupos.

Louvet, el decidido acusador de Robespierre, vivía entonces en la calle de San Honorato, á poca distancia del club de los Jacobinos: sabia que en su primer levantamiento el pueblo le escogería por primera víctima. Hacía de antemano la vida de proscrito, pues salía solo para ir á la Convencion y siempre armado, pidiendo asilo en diferentes casas para pasar la noche, y frecuentando solo ocultamente la suya, para visitar á la jóven que se había identificado con su suerte. Esta jóven era Lodoiska, cuya belleza, valor y amor ha inmortalizado en sus escritos. Lodoiska, cuyos ojos espíaban sin cesar los menores sintomas, oyó poco despues de anochecer un inusitado tumulto en la calle, y gritos que salían del seno de grupos mas numerosos que de ordinario, á la entrada de los Jacobinos. Corrió allá, penetró en el salon, y asistió sin ser conocida en las tribunas altas, donde era permitido entrar á las mugeres, á los siniestros preliminares de los atentados que se reservaban para aquella noche. Vió estallar la conjuración, designar el objeto, dar el santo, proferir los juramentos, apagar las luces y desenvainar los sables. Al momento, confundíendose con la multitud, salió para advertir á su amante. Louvet, abandonando su retiro, corre á casa de Petion, donde estaban reunidos algunos de sus amigos, deliberando tran-

quilamente sobre los proyectos de decreto que se proponían presentar al día siguiente. Trabajo le costó á Louvet decidirles á que se abstuviesen de ir á la sesion de la Convencion aquella noche. Vergniaud se negaba á dar asenso al crimen; Petion, indiferente á su suerte, quería mas esperar en su casa que huir; los otros, se dispersaron y fueron á pedir hospitalidad hasta el día. Louvet corrió aquella noche de puerta en puerta, para advertir á Barbaroux, Buzot, Salles y Valazé, que se sustrajesen pronto al hierro de los asesinos. Brissot, informado de lo que pasaba, ya habia ido á informar á los ministros, animandolos con su intrepidez.

## XVII.

Mientras de este modo se libertaban los diputados girondinos de sus enemigos, las hordas que habian salido de los Franciscanos, armadas de pistolas y sables, se dirigieron á la imprenta de Gorsas, redactor de la *Crónica de París*, forzaron las puertas, rasgaron los periódicos, rompieron las prensas y saquearon los talleres. Gorsas, con una pistola en la mano, pasó sin ser conocido por medio de los asesinos que pedian su cabeza. Cuando llegó á la puerta de la calle, y la vió custodiada por hombres armados, escaló la pared del patio y se introdujo en una casa inmediata, desde donde se refugió en la seccion.

Otra columna de unos mil hombres del pueblo, al salir de un banquete civico que habian tenido en los soportales de los mercados, se dirigió á la Convencion, y desfiló por la sala gritando ¡Vivir libres ó morir! Los bancos vacíos de los girondinos desconcertaron los proyectos de sus enemigos; pero aquellos, arrostrando los silbidos y las amenazas de la multitud y de los tribunos, fueron

al día siguiente á su puesto. Una reunion de cerca de cinco mil hombres de los arrabales, llenaba la calle de San Honorato, el patio del Picadero y el terraplen de los Fuldenses. Los sables, las pistolas y las picas se agitaban sobre las cabezas de los diputados en medio de los gritos de ¡Mueran Brissot y Petion! Fournier el americano, Varlet, Champion y los bullangueros conocidos del pueblo, pidieron las cabezas de trescientos diputados moderados, y se dirigieron en diputacion al consejo de la municipalidad para exigir que se cerrasen las puertas de Paris, y se proclamase la insurreccion. El consejo negó estas peticiones. El mismo Marat se declaró contra ellas, y reprendió á Fournier y á sus compañeros.

La Convencion estuvo tan tumultuosa como el mismo pueblo. Cruzáronse los ultrages y las provocaciones. Barrere indeciso entre los girondinos y los montañeses, y por lo tanto tolerado por ambos partidos, adormeció un momento el furor general, divagando sobre las generalidades patrióticas, y protestando á la vez contra la aristocracia de los girondinos, contra la anarquía de los montañeses y contra la insurreccion municipal de Paris. «Se habló, dijo, de cortar esta noche cabezas de diputados. ¡Ciudadanos! las cabezas de los diputados están seguras, las cabezas de los diputados tienen por base todos los departamentos de la república ¿quién se atreverá á tocarlas? El día de este crimen imposible se disolveria la república.» Unánimes aplausos siguieron al discurso de Barrere, que parecian garantir la vida de los representantes de la nacion contra los puñales del pueblo de Paris. Robespierre, presentó como remedio al mal, la concentracion del poder ejecutivo en los comités, é hizo presentar el comité de salvacion pública, es decir, la dictadura sin que interviniese la Convencion.

«Las consideraciones generales que se os presentan son ciertas, dijo Danton; pero cuando un edificio arde, nadie atiende á los malvados que roban los muebles. Lo

primero es apagar el fuego ¿queremos ser libres? Si no lo queremos perezcamos, pues todos lo hemos jurado. Haced salir vuestros comisionados, marchen esta noche, y digan á la clase opulenta: es necesario que la aristocracia de Europa pague nuestra deuda, sucumbiendo á nuestros esfuerzos ó que vosotros la pagueis. El pueblo solo tiene sangre y la prodiga. Vamos, miserables, prodigad vuestras riquezas. (aplausos en la Montaña y en las tribunas.) Ved, ciudadanos, continúa Danton con una fisonomía, en que brilla la prevision profética de la felicidad pública; ved, ciudadanos los altos destinos que os esperan, ¿qué, tenéis una nacion entera por palanca, la razon por punto de apoyo y aun no habeis trastornado el mundo? (los aplausos suspenden un rato el fuego de su entusiasmo.) En circunstancias mas difíciles, cuando el enemigo estaba á las puertas de París, dije á los que gobernaban entonces.—Vuestras discusiones son mezquinas, yo no conozco mas que al enemigo, vencamos al enemigo. (Prolongados aplausos.) Vosotros que me fatigais con vuestras disputas particulares, continuó mirando alternativamente á Marat, Robespierre y los girondinos, en vez de ocuparos de la salvacion de la república, á todos os miro como traidores, á todos os coloco en la misma linea ¡qué me importa mi reputacion! sea libre la Francia, aunque sea ultrajado mi nombre.

Cambaceres apoyó la proposicion presentada por el ayuntamiento para la organizacion de un tribunal revolucionario; Buzot dijo que se queria conducir la Francia á un despotismo, mas siniestro aun que el de la anarquia, protestó contra la reunion de todos los poderes en una sola mano. «No protestaba, murmuró Marat, cuando todos los poderes estaban en manos de Roland.»

Robert-Lindet leyó el proyecto de decreto que instituía un tribunal revolucionario. «Se compondrá de nueve jueces, dice Lindet, no estará sujeto á ninguna forma; su código será su conciencia, y sus medios de conviccion

lo arbitrario. Habrá siempre en la sala de este tribunal un miembro encargado de recibir las delaciones y juzgará á todos aquellos que la Convencion envíe.» La Montaña aplaudió estas disposiciones, y Vergniaud indignado se levantó diciendo. «Esto es una inquisicion mil veces mas temible que la de Venecia, declaramos que moriremos antes que consentirla.»

## XVIII.

Cambon y Barrere parecieron asombrados al ver el arma que se les presentaba. «Los laacedemonios, dice Barrere luego que vencieron á los atenienses los pusieron bajo el dominio de treinta tiranos, que al principio condenaron á muerte á los mas malvados, que horrorizaban á todo el mundo, y el pueblo aplaudió su suplicio; pero bien pronto castigaron á los buenos y á los malos. Sylla victorioso hizo degollar un gran número de ciudadanos que se habian elevado por sus crímenes y por el mal que habian hecho á la república, y todo el mundo lo aplaudió, diciéndose en todas partes que habian merecido su suplicio; pero esta fué la señal de una espantosa carnicería. Apenas un hombre codiciaba una casa ó una tierra, denunciaba al poseedor y le hacia poner en el número de los proscriptos.»

La Convencion decretó que los jurados de aquel tribunal revolucionario serian nombrados por ella y elegidos en todos los departamentos. Estas condiciones, que templaban la decision de vida ó muerte del tribunal, impacientaban visiblemente á Danton; iba ya á levantarse la sesion, saltó de su banco y corrió á la tribuna: su ademán altivo hizo que volviessen á sentarse los diputados que ya estaban en pie.

«Intimo, dice Danton con voz imperiosa á todos los buenos ciudadanos, que no dejen su puesto. (Todos los miembros se sientan guardando el mas profundo silencio.) Ciudadanos, dijo, ¿podreis separaros sin adoptar las grandes medidas que exige la salvacion de la república? Conozco cuán importante es tomar medidas judiciales que castiguen á los contra-revolucionarios, porque para ellos es necesario el tribunal, y este debe suplir al tribunal supremo de la venganza del pueblo. Arrancadlos vosotros mismos á la venganza popular, la humanidad os lo manda y nada es mas difícil que definir un crimen político; pero ¿no es necesario que las leyes extraordinarias fuera de las instituciones sociales aterren á los rebeldes y alcancen á los culpables? Ahora la salvacion pública exige grandes medios y medidas terribles, y no veo medios entre las formas ordinarias y un tribunal revolucionario: seamos terribles para que el pueblo no sea cruel. Organicemos un tribunal, no bien, porque esto es imposible, sino lo menos mal que se pueda, á fin de que la espada de la ley caiga sobre la cabeza de los enemigos. Concluida esta grande obra, os recuerdo las armas, los comisionados que debeis hacer marchar y el ministerio que debeis organizar. Llegó el momento; seamos pródigos de hombres y dinero. Tened cuidado, ciudadanos, vosotros respondéis al pueblo de nuestros ejércitos, de su sangre y de sus asignados. Pido, pues, que se organice el tribunal sin levantar la sesion. Pido que la Convencion juzgue mis razones y desprecie las calificaciones injuriosas que se atreven á darme; esta noche organicese el tribunal revolucionario, organicese el poder ejecutivo y mañana el movimiento militar; mañana deben haber marchado ya vuestros comisarios; levántese la Francia entera, corra á las armas y marche al enemigo, invádase la Holanda y sea libre la Bélgica; arruinense el comercio inglés, triunfen los amigos de la libertad en este país,

lleven nuestras armas victoriosas la libertad y la dicha á todos los pueblos y quede vengando el mundo.»

## XIX.

Parecia que el corazon nacional de la Francia latia en el pecho de Danton. Sus palabras resonaban en las almas, como el paso de carga de los batallones sobre el suelo de la patria. Bajó de la tribuna en brazos de sus colegas de la Montaña, y por la noche fué definitivamente decretado el tribunal revolucionario. Cinco jueces y un jurado nombrados por la Convencion, un acusador público nombrado tambien por ella; la muerte y la confiscacion de los bienes en beneficio de la república, tal era aquel tribunal de Estado, única institucion capaz, segun se creia, de defender en semejantes momentos la república contra la anarquia, la contra-revolucion y la Europa. La Convencion, resumen del pueblo, todo lo llamaba á sí, hasta la justicia, uno de los atributos de la suprema soberania. El arma que empuñaba en el peligro podia ser ó saludable ó funesta, segun el uso que se hiciese de ella: sino se hubiera tratado mas que de cubrir las fronteras, la seguridad de los ciudadanos y su propio poder, esta arma podia salvar á la vez la nacion y la libertad; pero si se entregaba á los partidos para destruirse mutuamente, perdía y deshonoraba la revolucion. Los girondinos no se atrevieron á rehusar aquella medida á la impaciencia pública y á la urgencia de la necesidad. Por una burla estraña de las cosas humanas, Barrere que se negaba á aquella ley, debía ser el que hiciese de ella el mas sangriento uso, y Danton que la pedia debía entregarle su cabeza. La víctima forjaba la cuchilla, y el sacrificador la rehusaba.